

ECCE HOMO, DE LUIS DE MORALES

Maite MUR DALLO
teresa.alberta@telefonica.net

En un pequeño cuadro de la segunda planta del Museo de Navarra contemplamos el rostro de un hombre que denota un gran dolor físico, apesadumbrado pero sereno a la vez, esquivando la mirada del espectador y la de sus torturadores, o bien, dirigiéndola a su madre.

Luis de Morales será el artífice de esta pequeña tabla de oración, un *Ecce Homo*, en la que se muestra un episodio de la Pasión de Cristo.

Horacio en su *"Arte poética"* sentenciará que "las cosas captadas por el oído afectan al ánimo más lentamente que las expuestas ante nuestros ojos". La iglesia lo sabía bien y utilizará el arte de la pintura para acercar a los fieles el pasaje del evangelista Juan (Jn. 19, 5):

"Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto púrpura. Pilatos dijo: ¡He aquí el hombre! ¡Ecce Homo!"

Si buscamos el origen o la motivación para pintar estas pequeñas pinturas destinadas a la devoción privada nos debemos remontar a finales del siglo XIV, en el Norte de Europa, donde surge un movimiento espiritual: la *"Devotio moderna"*, y se escribe un libro *"La imitación de Cristo"*, obra atribuida a Tomás de Kempis.

Era una nueva espiritualidad, basada en el humanismo cristiano, el estudio de los textos bíblicos, y una aproximación individual a Dios, una conexión a través de la oración personal, en contraste con la aproximación comunitaria que primaba en la época, resaltando la consideración y meditación de Cristo en cuanto hombre. Ya en el siglo XVI, proliferan los manuscritos y devocionarios dedicados a la vida de Cristo y la Virgen. Fray Luis de Granada será quien en su *"Libro de Oración y Meditación"*, aconseja como recogerse ante los sufrimientos y la pasión de Cristo.

Todo ello pudo impulsar la proliferación de pequeñas piezas, tablas de oración, de contemplación, destinadas al rezo en el interior de espacios domésticos o en capillas privadas. Aquellos libros de oración mística tuvieron una gran importancia e influencia como fuente iconográfica para la creación plástica.

"El Divino Morales", definido así por primera vez por Palomino, se movió en ese ambiente espiritual y supo captar la imagen que se identifica con los textos catequéticos o devocionales de la época. Su clientela le encargaría pequeñas tablas para oratorios privados, para acompañar al creyente en sus lecturas y



acercarle a los dolores y resignación de Cristo, favoreciendo la contemplación y la oración silenciosa. La representación del *Ecce Homo* es una de las iconografías más demandadas al pintor extremeño. En ellos la fragilidad humana se espiritualiza, se diviniza.

En este cuadro se representa el busto de Cristo. La cabeza sobre un fondo neutro que ocupa casi toda la superficie pictórica, apenas se detecta el torso desnudo, simplemente los hombros; el rostro huesudo, los ojos y boca entreabiertos, la mirada perdida, densa cabellera y barba. Minuciosidad en las pestañas, en los pelos de la barba, en las gotas de sangre de la frente. Carece de corona de espinas, aunque muestra la frente lacerada con los estigmas de las espinas ausentes.

En el cuello tiene una soga anudada y entre sus manos sujeta la caña que parcialmente se observa en el extremo derecho de la tabla, en dirección opuesta a su mirada. Caña que burlescamente le colocaron a modo de cetro en las manos tras haberle increpado Pilatos si se consideraba el rey de los judíos, y con la que además le herían la cabeza.

En distintas interpretaciones del tema del *Ecce Homo* que realizó Morales irá variando la puesta en escena;

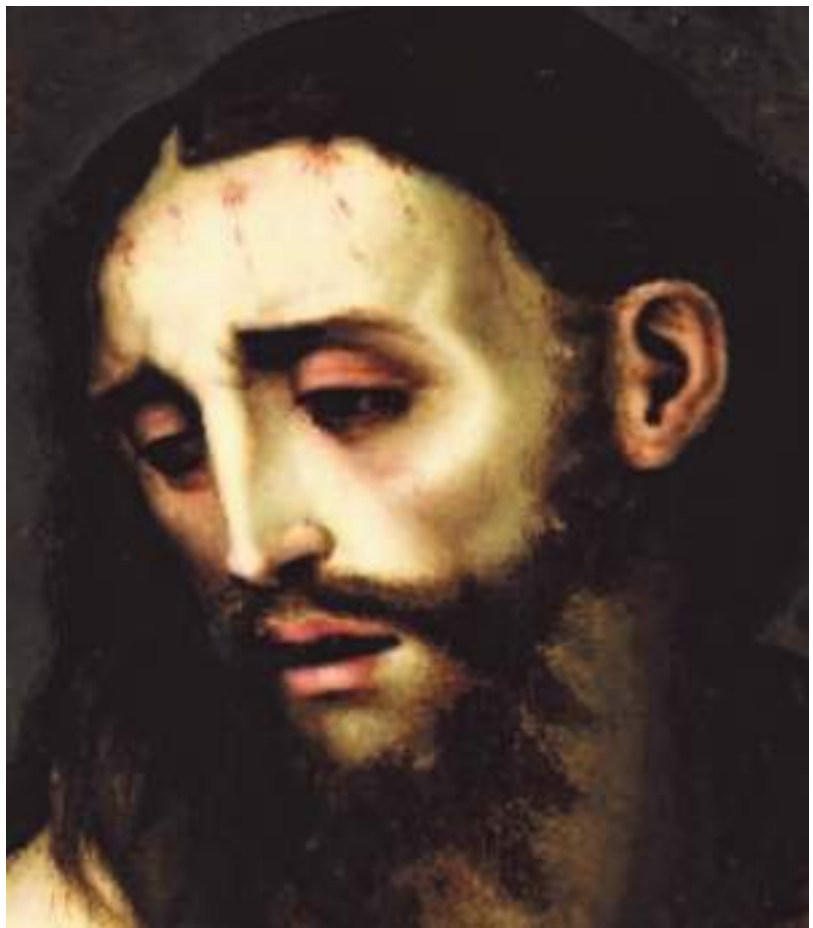
con vara o sin ella, a veces con corona y otras prescinde de ella, el cuerpo de Cristo cubierto con túnica o sólo mostrando los hombros desnudos. Pero en todos, su modelado de las sombras y la palidez de la policromía ensalzan el misticismo de la imagen. Precisamente esta licencia, "con solas las señales de las heridas" fue motivo de crítica por parte de Francisco Pacheco en su "Arte de la Pintura". Crítica, además de las imprecisiones iconográficas, la falta del estudio del dibujo, cierto manierismo. Por todo ello, el suegro de Velázquez censuró al pintor y lo calificó como un "pintor dulzón y almibarado".

Tampoco Cean Bermúdez, en 1800, fue excesivo en halagos definiéndolo como Ecce Homo lánguido, seco y descarnado. Y el gran historiador J.A. Gaya opinará que Morales ha llegado a nosotros: divinizado sí, pero no conocido ni comprendido.

Otro autor ya mencionado anteriormente y que también parece desconocerlo en muchos aspectos es Antonio Palomino, pintor y tratadista de pintura española que seguirá el modelo de Vasari a la hora de escribir una galería de vidas de artista en los inicios del siglo XVIII

Dice el tratadista: "El Divino Morales, español (cuyo nombre propio se ignora) fue natural de Badajoz, y pintor famoso; fue cognominado el Divino, así porque todo lo que pintó fueron cosas sagradas, como porque hizo cabezas de Cristo, con tan gran primor y sutileza en los cabellos, que a el más curioso en el arte ocasiona a querer soplarlos, para que se muevan; porque parece que tiene la misma sutileza que los naturales. Fue discípulo de maese Pedro Campaña"

Sabemos que Luis de Morales nació en 1510 y murió probablemente en 1586, tal vez en Alcántara (Cáceres). Desconocemos su lugar de nacimiento, pero vivió y pintó en Extremadura. Durante más de cincuenta años fue el pintor más prolífico e importante de esa extensa región, donde realizó numerosos retablos y cuadros de altar, ampliando su producción a Portugal, especialmente a Évora y Elvas, ciudades cercanas a Badajoz; o en Plasencia. El conocimiento de obras de otros artistas, sobre todo de Alonso Berruguete o Sebastiano del Piombo, ayudó a definir el estilo del pintor. La enorme producción y la continua solicitud de sus temas iconográficos más frecuentes y populares como: Virgen con el Niño, Cristo como Varón de Dolores, La Piedad, Cristo con la cruz a cuestas etc., le obligaron a mantener un nutrido taller en el que colaboraron sus hijos; taller responsable de muchas copias que circulan y son tenidas como autógrafas de Morales.



Esta "pieza de devoción" del Museo de Navarra, está pintado al óleo sobre tabla, entre 1560-1570. Sus medidas son 28,5 por 21 cm. Perteneció a la Colección Zimmermann de donde pasó a ser propiedad de Consuelo Sanz de la Calzada, viuda de Martorell. Ingresó en el Museo de Navarra mediante compra según consta en la recopilación de María Ángeles Mezquíriz, "labor e incremento del Museo de Navarra 1963-1967". Fecha de ingreso en el museo 1966; y en la relación a la labor realizada en el museo, durante el periodo de 1981-1990, María Ángeles Mezquíriz nos indica que se restauró esta obra.

En 2015, el Museo Nacional del Prado celebró una gran exposición sobre EL DIVINO MORALES. En el magnífico catálogo, editado con motivo de la exposición, se muestra no solo las pequeñas tablas devocionales si no que hace un recorrido exhaustivo por la producción de retablos diseminados por Extremadura y Portugal; así como las técnicas pictóricas utilizadas por su taller. Se le define como meticuloso y detallista, original, de extraordinaria técnica pictórica, con pintura llena de matices y calidades, en definitiva: un representante paradigmático de la pintura española.

Si no podemos acceder al catálogo, ni al Prado o viajar a Extremadura para conocer mejor a este original pintor, visitemos el Museo de Navarra y parémonos ante este *Ecce Homo* que seguro nos dejará indiferente. 